

EL INDIGENISMO COMO CONDICION PARA
UNA LITERATURA NACIONAL

EL EJEMPLO DEL PERU EN LA DECADA DE LOS AÑOS 20*

Horst Nitschack

Pontificia Universidad Católica del Perú

La Revolución Mexicana y la Rusa, el final de la Primera Guerra Mundial, que desde Latinoamérica fue interpretado como la declaración de la bancarrota histórica y moral del Occidente, el movimiento de la Reforma Universitaria (Garscha 1979: 78 ss.; ibid, 1982: 85 ss.) traen como consecuencia que en los años 20 el Perú, al igual que otros estados latinoamericanos, intente nuevamente determinar su identidad cultural. La relativa prosperidad económica del "oncenio" de Leguía (1919-1930) le permite al país un impulso modernizante, lleva a una acentuación del movimiento migratorio de la población indígena hacia Lima y ello trae consigo el que la cuestión de su integración se sitúe nuevamente en primer plano.

Simultáneamente en el país surge un clima intelectual que permite a las provincias (especialmente al Cusco y a Puno) incorporarse a través de revistas y publicaciones de libros a la discusión nacional, tradicionalmente dominada por Lima, (Böhringer: 67 ss.).

* Texto de la ponencia escrita originariamente en alemán y leída en el *Deutsche Romanistentag* que tuvo lugar en Aquisgrán en septiembre de 1989.

Revistas y publicaciones literarias, es decir la escena literaria, son el medio a través del cual los intelectuales intentan ejercer su influencia sobre la historia del país y hacer efectivos en ella sus modelos ideológicos. Indigenismo o mestizaje (también “criollismo” o “cholismo”) son las posiciones ideológicas que deberán constituir la base de una nueva conciencia nacional, de una nueva “peruanidad”.

En este contexto el presente artículo intenta aclarar las siguientes cuestiones:

1. ¿En qué se diferencian las más importantes posiciones sostenidas por Luis E. Valcárcel, José Uriel García, Luis Alberto Sánchez y José Carlos Mariátegui?
2. ¿Cómo define la *intelligentsia* nacional su rol en una cultura impregnada de “indigenismo” y “mestizaje” (cholismo)?
3. ¿En este contexto qué función le corresponde a la literatura en la tarea nacional del descubrimiento del propio ser?
4. ¿Cómo perciben los intelectuales peruanos la relación entre el indigenismo y la tradición europea?

*El Indigenismo como redención cultural del Perú:
El caso de Luis E. Valcárcel*

“La cultura bajará otra vez de los Andes”. Esta frase aparece en la página 21 del libro *Tempestad en los Andes*, especie de manifiesto que Valcárcel publicara en 1927. “Puede ser hoy un imperio y mañana un hato de esclavos. No importa. La raza permanece idéntica a sí misma. No son exteriores atavíos, epidérmicas reformas, capaces de cambiar su ser.

El indio vestido a la europea, hablando inglés, pensando a la occidental, no pierde su espíritu.

“De las tumbas saldrán los gérmenes de la Nueva Edad. Es el avatar de la raza” (p. 22).

Con estas frases Luis E. Valcárcel se erige en vocero de una mayoría del país que hasta ese momento había permanecido muda, de la población

india, cuya miseria social había sido denunciada públicamente ya a fines del siglo XIX, especialmente por Manuel González Prada, entre otros textos en su “Discurso en el Politeama” (1888) (Cornejo Polar 1989: 116), y cuya opresión se había convertido en tema de *Aves sin nido* de Clorinda Matto de Turner, 1889, una de las primeras novelas indigenistas de Latinoamérica.

La derrota del Perú frente a Chile en la “Guerra del Salitre” (1879-1883) había provocado una serie de análisis según los cuales una de las causas de la derrota habría sido justamente la poca integración de la población india al Estado peruano. (D. Wise: 72).

¿Pero qué es lo que induce al intelectual cuzqueño Luis E. Valcárcel no sólo a reclamar el derecho, la igualdad de derechos y la integración de la población indígena, sino inclusive a llegar a proclamar a la raza india como la liberadora y representante de la cultura de una futura nación peruana?

Aquí se trata de dos asuntos, evidentemente: por un lado la argumentación racial parece apoyarse sobre un concepto positivista de la ciencia, idea que en la América Latina de aquel entonces no había sido aún cuestionada en toda su dimensión. La histórica tradición de las culturas indígenas y su constitución biológica capaz de vivir bajo las extremas condiciones del clima andino les darían a ellos el privilegio de vencer a la cultura occidental —y Lima es el bastión de avanzada de esta cultura.

En segundo lugar: la argumentación indigenista le otorga al potencial crítico o revolucionario de la *intelligentsia* peruana un carácter nacional, tanto en la capital como en las provincias. La libera de una ideal tutelar de la tradición revolucionaria europea (Marx, Lenin y también, en un contexto cultural, Freud y el movimiento europeo vanguardista) (esto es también válido en lo que se refiere a Gamaliel Churata, el líder intelectual del movimiento indigenista en Puno —ver Unruh: 169), permitiendo así que su ímpetu revolucionario se base exclusivamente sobre tradiciones nacionales y autóctonas. Desde luego que la historicidad de estas tradiciones es tan cuestionable como las construcciones ideológicas del Nacionalismo europeo del siglo XIX y comienzos del XX (ver Garscha 1979: 94).

Se amalgaman pues aquí una idea revolucionaria “importada” y un “andinismo” pleno de conservadurismo ideológico. El indio es declarado “el único trabajador en el Perú” (Valcárcel: 103) y conjuntamente con ello convertido necesariamente en sujeto revolucionario: “El problema indígena lo solucionará

el indio" (ibid. 130). Aunque en ello los intelectuales no indígenas, los "obreros intelectuales" (ibid. 127), no deberán ciertamente permanecer al margen como algo innecesario, pues, ya que a la raza que despierta sólo dos alternativas le son posibles: la destrucción de la furia ciega o 'la evolución creativa basada en alianzas y pactos con otras etnias del ámbito peruano' (ibid.), es tarea de los intelectuales buscar esta segunda solución.

Así, en esta construcción ideológica el intelectual se convierte no sólo en (autoproclamado) vocero de la población india sino que adquiere al mismo tiempo la función esencial de intermediario en el conflicto racial y social del país. Su rol como lugarteniente de un Indigenismo "constructivo" está así asegurado también para el futuro.

La aplicación (verbal) de modelos revolucionarios europeos a la realidad andina es formulada también de otra manera: la "dictadura del proletariado" es reemplazada por una "dictadura indígena", que sólo busca aún a "su Lenin" (ibid. 125) y se propone "la huelga general del proletariado andino" (ibid. 123) como una de sus formas de lucha.

La fuerza impulsora de esta ideología andina indigenista es de un anti-modernismo explícito, es una revalorización del campo frente a la decadente gran ciudad del occidente: "Andinismo es agrarismo: es retorno de los hijos pródigos al trabajo honesto y bendito bajo el gran cielo: es la purificación por el contacto con la tierra que labraron con sus manos nuestros viejos abuelos, los Incas". (ibid. 105). Ahí está claramente expresado el carácter conservador de esta utopía, que constantemente contrasta la decadencia de la ciudad, vale decir Lima, con el mundo sano de los Andes: "Mientras en las ciudades vivimos entregados a las pequeñas luchas por el interés y el predominio individuales, en la Sierra del Perú se incuba un nuevo estado social" (ibid. 122).

No se deberá renunciar a la técnica moderna: según algunos modelos como los que conocemos a través del Futurismo europeo (o también del Modernismo brasileño) y más tarde a través de los movimientos fachistas de Europa, la solución está dada por una alianza entre una raza pura e incorrupta, el suelo y el pueblo, por un lado, y la técnica, por el otro: "(El indio) se informará bien pronto de todos nuestros secretos de 'hombres modernos'. Breve tiempo de aprendizaje bastará para que domine los más complejos mecanismos y maneje con la serenidad y precisión que le son características las maquinarias que requieren completa técnica". (ibid. 38).

Sí, la técnica europea será introducida incluso para librarse de la dependencia de la propia Europa: “ese grupo selecto se incautará de la técnica europea para resistir a la europeización y defender la indianidad”. (ibid. 127).

Aún cuando Oswald Spengler es repetidamente citado e introducido en todo este contexto como una autoridad en Filosofía de la Historia, Spengler que en Europa pertenece inequívocamente a la vertiente de la revolución conservadora, aún así, parece cuestionable en el conjunto de la argumentación aquella interpretación que sostiene que Spengler tendría básicamente otro significado en el contexto latinoamericano (ver Flores Galindo: 60). Antes bien podría decirse que aquí algunos conceptos son usados en un sentido más estrecho, vale decir más conservador y con ello (para una interpretación desde el contexto ideológico europeo) más cercano al Fachismo, que lo que se observa propiamente en Spengler. Esto vale sobre todo para ese concepto de raza, definido de una manera exclusivamente biológica. “¡El Perú es indio!” (Valcárcel: 112) “La raza (aquí con 'r' minúscula, aunque frecuentemente con mayúscula), gracias a ella, protege su vitalidad, guarda intacto el tesoro de su espíritu, preserva su ‘YO’.” (ibid. 38)

La ‘Raza’ tiene su rival, su traidor, en el mestizo. La mezcla de culturas significa decadencia real y moral: la aldea mestiza degenera inevitablemente en el transcurso de los años, sus pobladores caen en el alcoholismo. (ibid. 38 s.) “El mestizaje de las culturas no produce sino deformidades”. (ibid. 107)

El mestizo o cholo

Luis Alberto Sánchez es autor de la más vasta Historia de la Literatura Peruana y se desempeñó como Primer Ministro en los últimos años del gobierno aprista. En su condición de patriarca, tuvo el encargo de administrar la fracasada política de integración del gobierno. Llenando un cuestionario en 1931, ante la pregunta por su raza, Sánchez consigna la palabra “mestizo”. Eso fue a la vez un reto y un programa; como el mismo rememora en la revista *Caretas* del 21 de agosto de 1989: “Creíamos entonces, muchos de la nueva generación que el mestizaje, el cholismo, es la verdadera definición del Perú. Por eso clamábamos por ser cholos, dejando atrás la nomenclatura de blancos e indios, y de costeños y serranos”. (ibid. 43) Pero esto no tiene puramente el valor de un recuerdo anecdótico. Luis Alberto Sánchez termina su artículo diciendo: “Me siento cholo como en 1928, es decir, mestizo, única forma de ser un peruano de veras. De ahí mi oposición al falso indigenismo y al retrógrado blanquismo. Debemos dejar el maniqueísmo social y político que sólo conduce a la separación y a menudo a la violencia” (ibid. 72).

Este concepto de un “peruanismo totalista” (v. Cornejo Polar 1989: p. 120), como lo ha llamado Luis Alberto Sánchez en otro lugar, fue su respuesta al indigenismo de Valcárcel, por un lado, y al pensamiento socialista de José Carlos Mariátegui, por el otro.

Como L.A. Sánchez ha quedado atrapado en paradigmas positivistas e historicistas, como todo el conjunto de su Historia de la Literatura lo demuestra, paradigmas tomados de la forma europea de hacer historia de la literatura, es perfectamente lógico que para él la literatura, como la expresión más compleja de la singularidad nacional, asuma una posición descollante en el proceso de búsqueda de la nacionalidad peruana.

La mezcla de razas hace emerger al nuevo peruano, que es, pues, mestizo, ‘cholo’. Con ello Sánchez asume la argumentación de José Vasconcelos (*La raza cósmica*), para quien la mezcla de razas y la raza resultante de ella es el camino para el rol *directriz* que Latinoamérica habrá de tener en la historia del mundo. Este concepto de raza, que no es tanto de corte biológico cuanto cultural y del orden de las ideas, puede remitirse a Spengler con mayor derecho que la ‘biologicista’ concepción racial de un Valcárcel.

Aquí sería muy tentadora la idea de argumentar diciendo que L. A. Sánchez representa la respuesta de la gran-ciudad a las conservadoras concepciones provincianas: la noción urbana de la mezcla de razas frente a la ideología-de-la sangre-y-el-suelo del interior del país. Que ello no es así queda demostrado echando una mirada al pensamiento del otro cusqueño, José Uriel García y su *el nuevo indio* de 1930.

La problemática del modelo de desarrollo defendido implícitamente por L. A. Sánchez se centra alrededor de su concepción naturalista: la mezcla, y con ella la integración, se desenvuelven como un proceso de desarrollo natural. Aquí se puede hacer una crítica válida tanto para Luis Alberto Sánchez como, por extensión, para J. Uriel García; esta crítica fue *primero* en otra oportunidad, de manera parecida, formulada contra la *Casa grande e Senzala* de Gilberto Freyre (Río de Janeiro, 1933), y sostiene que primero la complejidad social de la sociedad latinoamericana se reduce a un modelo simplista de tres razas, para luego también eliminar los conflictos así definidos, haciendo una ficción con el mestizaje, real para Gilberto Freyre y L. A. Sánchez en esos años y por lo menos deseable para J. U. García. (v. Roberto DaMatta).

También para J. U. García la mezcla de razas habrá ciertamente de producir al nuevo hombre: “Se busca al hombre, no a la raza”. (Prólogo a la 1ª

edición). Este hombre, su 'Nuevo Indio', es "trabajador de América que sabe asimilar todas las corrientes universales que concursan a libertarlo de su servidumbre colonial". (Prólogo a la 2ª edición). Se trata pues menos de un 'mestizo fisiológico' que de un 'mestizo espiritual' (Uriel García: 107). "En el 'campo' mestizo se dan la mano el indio antiguo —que se eleva— y el invasor andinizado —que retorna hacia la tierra y hacia lo primitivo". (ibid. 117) A través del mestizaje, pues, el indio tradicional, el original, se asimila al 'nuevo mundo' que viene marcado con el sello del invasor; y éste a su vez en ese mismo proceso se acerca a las originales fuerzas de América y convierte sus 'valores universales' en valores americanos. Luego en el futuro estos valores americanizados habrán de convertirse nuevamente en universales, impregnados ahora de lo autóctono. Con esto pues quedan planteados los argumentos en favor de un modelo de desarrollo tan simple como ingenuo.

Naturalmente J. U. García tampoco renuncia a la idea de reservar para el intelectual un lugar de honor en su visión de la historia: una vez que las 'élites' ya se han sometido al imperativo social y moral de su tiempo unificándose con las masas, son ellas entonces las que habrán de proponerle a las masas las soluciones para los fundamentales problemas sociales. (Prólogo a la segunda edición).

Socialismo e Indigenismo: José Carlos Mariátegui

Para Mariátegui, quien fuera fundador del partido comunista del Perú (P.S.P. fundado en 1928), el 'Indigenismo' es el principal elemento de una futura 'peruanidad'. Sin embargo —contrariamente a Sánchez y otros representantes del APRA, partido populista fundado por Haya de la Torre en 1924— Mariátegui es consciente de que no es posible superar las contradicciones a través de una integración verbal. Refiriéndose a Federico More y a su artículo "De un ensayo acerca de las literaturas (!) del Perú" escribe en sus *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928): "More siente el dualismo peruano. Sostiene que en el Perú 'o se es colonial o se es inkaico', Yo ... no puedo dejar de declararme de acuerdo con More respecto al origen y al proceso de conflicto entre inkaísmo y colonialismo. No estoy lejos de pensar como More que este conflicto, este antagonismo, 'es y será por muchos años clave sociológica y política de la vida peruana'." (Mariátegui 1987:251)

Sin embargo, el concepto de 'peruanidad' de Mariátegui no está, determinado solamente por este antagonismo, sino que él comprende la 'peruanidad' en una complejidad dialéctica: la cuestión racial es para Mariátegui un

reflejo de la cuestión social, es decir, es una consecuencia de las relaciones de propiedad existentes en el país. Sólo la solución de la cuestión de la tierra permitirá una solución de la cuestión racial. Con ello, el concepto de 'tierra', cargado de irracionalidad en el pensamiento Valcárcel, se convierte en una categoría socioeconómica; procedimiento ideológico éste, que Mariátegui emplea igualmente en otros contextos: mientras Valcárcel nos presenta un indio estilizado, llamándole el 'único trabajador en el Perú', Mariátegui dice que "... en Perú las masas, la clase trabajadora— son en sus cuatro quintas partes indígenas". (*Amauta* 1927: Nº 7, p. 37). No es que sólo los indios sean trabajadores, sino que cuatro quintas partes de los trabajadores son indios.

En cuanto a la relación imperante entre una cultura nacional de corte europeo y una cultura andina Mariátegui no tiene ninguna duda: sólo incluyendo a la cultura europea podrá esta última desarrollar su potencial utópico. Por eso, ya desde la introducción a los 7 *Ensayos* que llevan como epígrafe una cita de Nietzsche, lo que dicho sea de paso es muy significativo— se adelanta a posibles objeciones diciendo que: "No faltan quienes me suponen un europeizante, ajeno a los hechos y a las cuestiones de mi país". Y prosiguiendo: "He hecho en Europa mi mejor aprendizaje. Y creo que no hay salvación para Indo-América sin la ciencia y el pensamiento europeos y occidentales".

Indigenismo y Literatura en L.A. Sánchez y J. C. Mariátegui

Con L. E. Valcárcel, L. A. Sánchez, J. U. García y J. C. Mariátegui hemos introducido cuatro diferentes pero a la vez significativas posiciones de los años 20; posiciones formuladas por la *intelligentsia* literaria, tanto de la metrópolis limeña como de las provincias, y que tienen en común el haber descrito el problema de la 'peruanidad', del 'hombre nuevo' —sea de manera mediata, Mariátegui o inmediata, los otros— como un problema racial. Hemos mostrado igualmente que se trataba de un problema de los intelectuales, es decir, que la cuestión de cómo define la *intelligentsia* literaria su rol en una época de redefiniciones sociales y culturales estaba implícitamente planteada en todo este asunto. Nadie duda ni por un instante que a la literatura debe corresponderle una tarea fundamental en dicho proceso. (v. Cornejo Polar, 1980: 49 s.).

Si bien en los textos de L. E. Valcárcel y J. U. García que hemos visto la tarea de la literatura no es definida más allá, una vez definida en principio la función de los intelectuales, en el caso de los otros dos autores, en cambio, no sólo la reflexión teórica sino incluso una significativa porción de toda la

obra de su vida fue dedicada a la literatura. Ambos fueron durante toda su vida (J. C. Mariátegui 1894-1930; L. A. Sánchez nac. 1900) *homini politici* y *homini litterae*. J. C. Mariátegui como fundador del partido comunista del Perú (1928) y como editor de la más importante revista de la vanguardia peruana, *Amauta*, (1926-1930); y L. A. Sánchez como miembro del partido aprista (APRA - Alianza Popular Revolucionaria Americana), 1989-90 Primer Ministro del país y autor, entre otros libros, de la primera Historia de la Literatura peruana completa (varias veces corregida y aumentada: 1ª edición 1928-1936, 6ª edición 1989), de una *Historia* y una *Nueva Historia de la literatura americana* (editadas en los años 1937, 1940 y 1942, 4ª edición Buenos Aires 1944) y de una *Historia comparada de la literatura americana* en cuatro tomos (Buenos Aires, 1976).

No hay pues, ninguna duda de que —en lo que a L. A. Sánchez y a J. C. Mariátegui se refiere— sea precisamente la literatura a quien le corresponda un lugar de privilegio en la tarea de búsqueda y descubrimiento que el Perú haga de sí mismo.

La visión marxista de Mariátegui, para quien la literatura es un fenómeno superestructural (“La literatura de un pueblo se alimenta y se apoya en su *substratum* económico y político”. Mariátegui 1987: 240)), se hace patente ya desde la disposición general de sus famosos *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928): Los *Ensayos* van ascendiendo, desde la base económica en el primero, pasando por el problema del indio, el problema de la tierra, el de la educación, el de la religión, el de la organización administrativa del país, siendo el último ensayo “El proceso de la literatura”. Este a su vez es, por mucho, el más extenso de todos los ensayos ya que abarca aproximadamente la tercera parte de todo el libro.

Es igualmente una confrontación expresa con José de la Riva-Agüero (1885-1944) cuyo *Carácter de la literatura del Perú independiente* (1905) es interpretado por Mariátegui no sólo como un texto sobre historia de la literatura, sino justamente en la misma medida como programa político (v. Mariátegui 1987: 231).

Para Mariátegui es obvio que la idea de una ‘literatura nacional’ es una idea política y no un concepto estético; y la historia europea de la literatura es prueba suficiente de ello: “El ‘nacionalismo’ en la historiografía literaria,

es por tanto un fenómeno de la más pura raigambre política, extraño a la concepción estética del arte". (ibid. 234).

La problemática del concepto de 'nacionalidad' la ve inclusive claramente a un nivel político, al escribir en medio de su argumentación literaria: "La nación misma es una abstracción, una alegría, un mito, que no corresponde a una realidad constante y precisa, científicamente determinable". (ibid. 235). Y sin embargo se mantiene aferrado, tanto política como literariamente, al concepto de nación. Habla repetidamente de la 'literatura nacional' (ibid. 236) y del status especial que ésta tiene, si, al compararla con otras literaturas nacionales, se tiene en cuenta que no está definida solamente por un idioma sino por el dualismo 'Quechua-Español', derivando finalmente en algunas constataciones aparentemente contradictorias como la de que en la primera etapa la literatura peruana es literatura española. Así, este aferrarse a la idea nacional parece llevarlo a algunas afirmaciones paradójicas: hay una literatura peruana, que sin embargo no es peruana. Paradoja que sólo es solucionable si entendemos el concepto de Mariátegui de una literatura peruana no en el sentido de una literatura nacional restrictiva, sino en el sentido de una participación del Perú en la 'institución Literatura', no circunscrita a nacionalidades, sino en la cual las diversas naciones pueden tener participación. Es por ello que, si bien es cierto que en el transcurso de la historia del Perú se han dado diversas 'literaturas' —la literatura española, la literatura criolla—, es decir, que si bien los diversos grupos y clases del país participaban de esta institución cultural superior 'Literatura', el país en su conjunto, sin embargo, quedaba excluido de ella.

Esta concepción de la literatura, que evidentemente va en contra justamente de la idea de una 'literatura nacional' en un sentido restringido, es también la que lo salvaguarda de una sobrevaloración del indigenismo literario: "El 'indigenismo' (escribe) no es aquí un fenómeno esencialmente literario como el 'nativismo' en el Uruguay. Sus raíces se alimentan de otro humus histórico. Los 'indigenistas' auténticos —que no deben ser confundidos con los que explotan temas indigenistas por mero 'exotismo'— colaboran —conscientemente o no, en una obra política y económica de reivindicación— no de restauración ni resurrección". (ibid. 332).

Como el 'indigenismo' es, pues, mucho más un movimiento social que literario, y como es sólo en su condición de movimiento social que encuentra una expresión en la literatura, el 'indigenismo' no es, por tanto, para Mariátegui, el único camino que la literatura peruana podría seguir: "El 'indige-

nismo' no aspira indudablemente a acaparar la escena literaria. No excluye ni estorba otros impulsos ni otras manifestaciones. Pero representa el color y la tendencia más características de una época por su afinidad y coherencia con la orientación espiritual de las nuevas generaciones". (ibid. 334 s.).

Mariátegui al mismo tiempo sabe, o tiene la esperanza, de que el indigenismo literario (las novelas de Ciro Alegría y José María Arguedas están aún por escribirse) no ha alcanzado aún su verdadero desarrollo, algo que fuera comparable con su presencia en la discusión política, económica y social. Por ello el hecho de que la literatura vuelva su atención hacia el 'indigenismo' tiene un carácter inconsciente (ibid. 333), carácter que emana de las 'fuerzas nuevas' y del 'impulso vital' de la nación, (ibid.) el aporte del indigenismo a una literatura futura —y aquí se hace palpable una forma que tiene Mariátegui de entender la literatura, que supera ampliamente un mero concepto mecanicista de reflejo— no debe ser buscado tanto en su temática como en su tono, en la forma lírica de su expresión, en una especie de lo que podríamos llamar la manera de su 'écriture'.

Prueba de ello es la poesía de César Vallejo, desde la lectura de Mariátegui: "Vallejo es el poeta de una estirpe, de una raza. En Vallejo se encuentra, por primera vez en nuestra literatura, sentimiento indígena virginalmente expresado". (ibid. 308) "... lo fundamental, lo característico en su arte es la nota india". (310). "Uno de los rasgos más netos y claros del indigenismo de Vallejo me parece su frecuente actitud de nostalgia". (311) "Vallejo tiene en su poesía el pesimismo del indio". (312) "Resume la experiencia filosófica, condensa la actitud espiritual de una raza, de un pueblo". (313). Todo ello lo lleva a Mariátegui al siguiente juicio: "Hay en Vallejo un americanismo genuino y especial; no un americanismo descriptivo o localista. Vallejo no recurre al folklore". (310).

Es en la propuesta de Mariátegui para una división de la literatura peruana por épocas donde puede verse con claridad cuánto se esforzaba por definir el proceso del desarrollo literario peruano sin someterse a la tutela de modelos europeos, ni aunque éstos fueran marxistas.

Es en virtud del especial carácter de la literatura peruana que él rechaza los tradicionales modelos de 'clasicismo, románticismo, modernismo' o 'antiguo', 'medieval' y 'moderno' o 'poesía popular y literaria o culta'. También rechaza las clasificaciones marxistas de literatura en feudal, o 'aristocrática, burguesa y proletaria'. Frente a ello plantea una "teoría moderna —literaria,

no sociológica— sobre el proceso normal de la literatura de un pueblo” (239) que diferencia los siguientes periodos: “un periodo colonial, un periodo cosmopolita, un periodo nacional. Durante el primer periodo un pueblo, literariamente, no es sino una colonia, una dependencia de otro. Durante el segundo periodo, asimila simultáneamente elementos de diversas literaturas extranjeras. En el tercero, alcanzan una expresión bien modulada su propia personalidad y su propio sentimiento” (239).

A su juicio la literatura peruana de su tiempo se encuentra justamente en el paso del segundo al tercer período. “Nuestra literatura ha entrado en su periodo de cosmopolitismo. En Lima este cosmopolitismo se traduce, en la imitación entre otras cosas de no pocos corrosivos decadentismos occidentales y en la adopción de anárquicas modas finiseculares. Pero bajo este influjo precario, un nuevo sentimiento, una nueva revelación se anuncian. Por los caminos universales, ecuménicos, que tanto se nos reprochan, nos vamos acercando cada vez más a nosotros mismos”. (ibid. 250, oración final del ensayo).

La posición teórico-literaria e histórico-literaria de J.C. Mariátegui puede entonces resumirse de la siguiente manera:

1. La cuestión del indio no es una cuestión racial, sino una cuestión social y debe por tanto ser resuelta como tal.
2. De ninguna manera se resolverá a través de un proceso de mestizaje, es decir a través de una mezcla de razas emanada naturalmente y de una penetración recíproca entre las culturas.
3. La ‘peruanidad’ y una Literatura Peruana son imposibles sin una integración de la cultura indígena.
4. Una Literatura Peruana no debe entenderse como una literatura nacional excluyente, sino como una participación del Perú en la ‘institución Literatura’ (el concepto de ‘Literatura Universal’ no aparece en Mariátegui). Por tanto: el Indigenismo en la literatura debe ser comprendido como una categoría estética y no social.
5. En el proceso de búsqueda y encuentro de sí mismo el Perú no debe excluir la tradición ni los aportes culturales de la Europa contemporánea.

Mestizaje y 'Cholismo': Luis Alberto Sánchez

Luis Alberto Sánchez publica los primeros tres tomos de su *Literatura peruana* en los años 1928, 1929 y 1936. La obra queda inconclusa. La segunda edición ampliamente corregida y aumentada aparece en los años 1950-51. (6ª edición, igualmente corregida y aumentada: 1989, 4 tomos).

Historia y Nueva historia de la literatura americana aparecen en los años 1937, 1940 y 1942. En su 4ª edición, Buenos Aires-1944 son incluidos también los más importantes escritores del Brasil y de los Estados Unidos. Años más tarde, en su *Historia comparada de las literaturas americanas* de 1975, Sánchez se mantiene fiel a esta idea de acercar entre sí a todas las literaturas del continente. En el prólogo a la 6ª edición de su *Nueva Historia de la literatura americana* (1980) Sánchez lo justifica así: “Conforme trato de demostrar en mi citada *Historia comparada*, hay más semejanza entre William Faulkner y Gabriel García Márquez, que entre Faulkner y Aldous Huxley, y que entre García Márquez y Goytisolo, pese a que el vínculo lingüístico parecería indicar lo contrario. Me atrevo a afirmar que hay un estilo americano más cerca de lo mágico que de lo racional, así como hay un estilo europeo más lógico que mágico”. (p. 8)

En su *La literatura peruana* Sánchez sigue las clásicas categorías de Taine: ‘el medio’, ‘el hombre’, ‘el tiempo’; estableciendo al mismo tiempo paralelos entre la historia de la literatura peruana y la europea, tales como: “nuestros románticos, desde Melgar” (Sánchez 1985: t. I. p. 188); o “La moda naturalista duró en América más que en Francia” (ibid. t. IV. p. 1778); o asumiendo, en fin, conceptos de la historia de la literatura europea para describir épocas o fases de la peruana: “En realidad, ocurrió entre 1900 y 1914, un fenómeno conmovedoramente tardío, pero aleccionante. Fue aquel *nuestro Renacimiento*. Así como la Europa medieval, al descubrir de pronto los olvidados tesoros de la antigüedad clásica, se volcó íntegra sobre ésta, abandonando las seguras vías de salvación espiritual que le brindaba el ascetismo de la Edad Media, así, nosotros, al descubrir la fiesta europea, cegados de sensualismo y puerilidad, dimos las espaldas a nuestro propio ser, que habíamos empezado ya a descubrir, y nos lanzamos al culto absorbente de la modernidad europea”. (ibid. t. I. p. 34).

Aunque sin mencionarlo por su nombre, Sánchez rechaza la propuesta que Mariátegui hace en los 7 *ensayos*, en la cual la literatura peruana era periodificada en las épocas ‘colonial’, ‘cosmopolita’ y ‘nacional’. (Sánchez

1928: 23). Según él ya desde la época colonial nos encontramos frente a una mezcla del elemento americano y el español: “Españoles americanos y criollos de habla española fueron los que produjeron la literatura de aquella época...” (ibid 23). Con esto queda planteado al mismo tiempo el leitmotiv de su quehacer como historiador de la literatura: el mestizaje, la mezcla de culturas y razas que es en su opinión desde siempre el distintivo del Perú. La contradicción que atraviesa toda la literatura peruana no es ni social ni históricamente determinada, es más bien el resultado de los paisajes tan contrapuestos, de la sierra y de la costa. “Quien prescinda de la influencia de raza y medio, cometerá el mismo error del que deje de lado la cultura y la personalidad. Pero, ... la naturaleza no se estima por los grados de latitud, por el clima o por la altura de las montañas, sino por el paisaje y la reacción que produce en la fantasía y en el corazón humanos”. (Sánchez 1928: Preliminar).

Estas contradicciones paisajísticas, sin embargo, tienen para el Perú, según Sánchez, más bien un carácter integrador, antes que uno disgregador (v. también Sánchez 1950: p. 69 s.). En la segunda edición, íntegramente corregida y aumentada, vuelve Sánchez a insistir en su idea de la unidad cultural del país: “El encuentro entre el aborigen y el extranjero, en vez de mero choque bélico, debe considerarse como el encuentro de dos insustituibles afluentes que, reunidos, forman el inmenso caudal de un río común ... somos un país mestizo ..., nuestra personalidad cultural ha de buscarse y encontrarse en la expresión criolla que, por serlo, tiene más de receptáculo o mortero que de muro divisorio.” (Sánchez 1950:12). Es por ello que tampoco considera a Vallejo como un autor indigenista, como sí lo hace Mariátegui, sino como a un autor que interpreta el auténtico sentimiento del paisaje y del hombre de la sierra; representando la sierra para él, según él mismo poco antes escribe, “el núcleo vivo de la nacionalidad”. (ibid. 70)

Es recién en posteriores ediciones de su *Historia de la Literatura* que se aleja de este planteamiento: “Quiero decir que nuestro hombre se encuentra en formación; en otros términos, que en el hombre peruano no se ha realizado aún el proceso de síntesis que otros pueblos también mestizos, han coronado”. (Sánchez 1989 t. I. p. 16). Y esta introducción termina prácticamente con un conjuro: “Nuestra personalidad cultural se halla, sin duda, insisto, en trance de definición. La personalidad cultural peruana contiene, bueno es repetirlo hasta la saciedad, contradictorios elementos. No se la busque en la unilateralidad ni el exclusivismo ... Ningún hombre auténticamente culto que ame de veras la cultura, propugnará jamás una guerra santa de razas, de edades, o de estilos”. (ibid. 36).

En contraposición con Mariátegui, para quien la literatura peruana, lo mismo que el conjunto todo de la nación peruana, recién está en camino de formarse, para Sánchez, por lo menos para el de los años 20, la literatura peruana es ya una realidad, producto del mestizaje cultural. Para el caso de Vallejo esto significa que Sánchez habrá de otorgarle un valor subordinado lo mismo a su posición política que a su 'indigenismo': "No, no es por indio, ni por comunista, por lo que Vallejo fue un piadoso horno humano; fue por hombre". (Sánchez 1989: t. IV, 1828) Como 'hombre' era sin embargo a la vez también 'cholo'. "Desde que le conocí le llamábamos 'el cholo Vallejo'. Acerpada designación Cholo se llama en el Perú al descendiente de ambas razas: no empleamos el 'mestizo' sino peyorativamente". (ibid. 1829)

La valoración que Mariátegui hace de Vallejo es igualmente clara: "Lo que más nos atrae, lo que más nos emociona tal vez en el poeta César Vallejo es la trama indígena, el fondo autóctono de su arte, Vallejo es muy nuestro, es muy indio. El hecho de que lo estimemos y lo comprendamos no es un producto del azar. No es tampoco una consecuencia exclusiva de su genio. Es más bien una prueba de que, por estos caminos cosmopolitas y ecuménicos que tanto se nos reprochan, nos vamos acercando cada vez más a nosotros mismos". (Mariátegui 1988: 107).

Sin embargo esta trama indígena no está presente como un realismo social sino como una actitud de nostalgia. (Mariátegui 1987: 311), como una 'nueva sensibilidad' y como precursor de un 'nuevo espíritu' y una 'nueva conciencia'. (ibid. 316). La idea de 'mestizo', que es tan determinante en el pensamiento de L.A. Sánchez, es aceptada por Mariátegui, en su crítica al libro *La raza cósmica* de José Vasconcelos, a lo máximo como una utopía, pero no como una realidad social. El mestizo contemporáneo de ninguna manera es el representante de una nueva raza, es, en el mejor de los casos, sólo el anuncio de su advenimiento; (ibid. 340) pues aunque el mestizaje en el Perú haya engendrado una compleja diversidad, no ha suprimido de ninguna manera el dualismo entre españoles e indios. Mariátegui sólo puede aceptar la idea de 'mestizaje' como un concepto social de integración, pero nunca como una solución étnica, ya que una mezcla de razas no puede automáticamente significar progreso; si así fuera, aquí esgrime Mariátegui un argumento polémico, tendríamos que explicarnos la productividad cultural de los blancos en virtud de la meramente 'zoológica' característica de ser blancos. (ibid. 343).

Sánchez por su parte no va a perder la oportunidad de cuestionar la autenticidad del indigenismo en la literatura peruana. En su artículo *Indianismo e*

indigenismo en la literatura peruana, publicado en 1981, muestra detalladamente cuánto le deben estos conceptos a la literatura europea: el de 'indianismo' a la imagen del 'bon sauvage' y el de 'indigenismo' a la del 'salvaje demoníaco'. (Sánchez 1981: 13) Sánchez tampoco niega que del movimiento indigenista emana una influencia determinante sobre la literatura peruana en un juego de alternancias entre tendencias literarias (Clorinda Matto de Turner), sociales (Dora Mayer, Pedro Zulen y otros dentro de la *Asociación Pro-Indígena*, entre los años 1909 y 1917 —ver Böhringer: 65) y, luego de la disolución de ésta, nuevamente como movimiento literario (Abraham Valdelomar, Augusto Morales, Chocano, entre otros). Pero este indigenismo, sin embargo, deberá ser siempre entendido en su relación con la literatura europea (valoración de lo autóctono, lo exótico), y no como un movimiento particularmente peruano. Con esto el indigenismo se convierte para Sánchez en cierta forma en la posibilidad para el Perú de tomar parte en la literatura mundial. Esto no pone de ninguna manera en tela de juicio su concepto del 'mestizaje', pues el peruano tiene a la vez una parte de indio y una de español: "De esta suerte ambas calidades se juntan en un mestizaje creador que es, en síntesis, la esencia de nuestra literatura". (Sánchez 1981: 37)

Los nombres J.C. Mariátegui y L.A. Sánchez representan pues dos concepciones y valoraciones opuestas de la sociedad peruana en los años 20. Para Mariátegui la pregunta central y aún no resuelta acerca de la sociedad peruana es la cuestión del indio como problema social de integración. Esta cuestión habrá de asumir necesariamente un rol decisivo en la literatura, desde luego que no necesariamente como una pregunta social, sino, como lo muestra en el caso de César Vallejo, estética. El indigenismo de Vallejo estriba en su forma de escribir, en su tono literario (esto es en todo caso válido para el Vallejo de *Los heraldos negros* y de *Trilce*). La necesidad de la confrontación con la cultura europea y de aprender de Europa está fuera de toda duda tanto para el Mariátegui intelectual en política como para el Mariátegui intelectual en la literatura. Un indigenismo, tanto uno social como uno artístico, debe haber pasado a través de la escuela del cosmopolitismo.

Para L.A. Sánchez el Perú es ya una sociedad mestiza, tanto en lo racial como en lo cultural. La mixtura comenzó desde el primer día, y es por ello que la cultura y la literatura peruanas tienen un carácter mestizo, es decir criollo. El indigenismo literario (al igual que el indianismo) es el resultado del encuentro entre la influencia europea y la tradición cultural indígena del país.

En todo esto es importante destacar que, a pesar de todas las diferencias de opinión en cuanto a lo político y a lo social, el indigenismo, al igual en Mariátegui que en Sánchez, no es entendido como algo desligado de la tradición europea o como un movimiento en contra de ésta (a diferencia de los más radicales indigenistas —L.E. Valcárcel— o defensores de lo mestizo — J.U. García).

Justamente aquello que con alguna frecuencia se ha planteado en la bibliografía europea como una crítica del indigenismo, diciendo que el indigenismo no es ninguna invención auténticamente latinoamericana, sino que habría sido importado de Europa, justamente es interpretado por ambos autores como 'su fuerte': el indigenismo literario integra tradiciones europeas (Sánchez); y el indigenismo es una búsqueda y un hallazgo que el Perú hace de sí mismo, incluyendo a Europa, no excluyéndola (Mariátegui).

BIBLIOGRAFIA

- Arboleyda, Ruth E. y Vázquez León, Luis
1979 "Mariátegui y el indigenismo revolucionario peruano", *Historia y Sociedad*. Nº 21, México.
- Böhringer, Wilfried
1982 "Der Indigenismus in Peru", *Iberoamericana* Nº 1, 1982. Frankfurt.
- Cornejo Polar, Antonio
1980 "Apuntes sobre la literatura nacional en el pensamiento crítico de Mariátegui", en Xavier Abril y otros (ed.), *Mariátegui y la literatura*, Lima (Biblioteca Amauta).
- 1989 *La formación de la tradición literaria en el Perú*, Lima (CEP).
- Da Matta, Roberto
1987 "Digressao: A Fábula das Três Ragas, ou o Problema do Racismo à Brasileira, en *Relativizando. Uma Introducao à Antropologia Social*, Río de Janeiro (Ed. Rocco).
- Flores Galindo, Alberto
1989 *La agonía de Mariátegui*. Lima (Instituto de Apoyo Agrario).
- García, José Uriel
1973 *El nuevo indio* (1era. ed. 1930). Lima (Ed. Universo).
- Garscha, Karsten / Horst G. Klein
1979 *Einführung in die Lateinamerikastudien*, Tübingen (Niemeyer).
- 1982 "Die Universitätsreform-Bewegung in Peru und die Zeitschrift *Amauta*", *Iberoamericana* Nº 1, Frankfurt.
- Mariátegui, José Carlos (Ed.)
1926-1930 *Amauta*, Revista Mensual de Doctrina, Literatura, Arte, Polémica (Reimpresión 1976).
- 1987 *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1ª ed. 1928) Lima (Biblioteca Amauta).

1988 *Peruanicemos al Perú*. (colección de artículos entre 1925 a 1929, 1ª ed. 1970) Lima (Biblioteca Amauta).

Rosemberg, Fernando

1986 "Dos actitudes literarias: indianismo e indigenismo", *Revista Interamericana de Bibliografía*. Vol. 36, Nº 1.

Sánchez, Luis Alberto

1928 *La literatura peruana*, t. 1, Lima.

1950 *La literatura peruana*. t. 1. (2a. ed. revisada), Buenos Aires.

1962 "El indianismo literario, ¿tendencia original o imitativa?", en *Influencias Extranjeras en la literatura Iberoamericana*, Memorias del Noveno Congreso 1959, México.

1981 *Indianismo e Indigenismo en la literatura peruana*, Lima.

1989 *La literatura peruana*. t. IV. (6a. ed. ampliada) Lima.

Sotelo, Ignacio

1985 "Indigenismo y crisis de identidad en el Perú", *Razón y Fe*. Nº 1042, Madrid

Tamayo Herrera, José

1988 *El indigenismo limeño: 'La Sierra' y 'Amauta'*. Similitudes y diferencias (1926-1930), Lima, Universidad de Lima. Cuadernos de Historia, IV.

Unruh, Katherine Vickers

1984 *The Avant-Garde in Peru: Literary aesthetics and cultural nationalism*, Austin (Univ. of Texas, tesis de doctorado).

Valcárcel, Luis E.

1975 *Tempestad en los Andes*. (1ª ed. 1927), Lima (Ed. Universo).

Vargas Llosa, Mario

1964 "Indigenismo y buenas intenciones", *Revista de la Universidad de México*, Vol. XIX, Nº 4.

Wise, David

1980 "A Peruvian *Indigenista* Forum of the 1920s: José Carlos Mariátegui's *Amauta*", *Ideologies and Literature*. Vol III, Nº 13.